

## EN ELOGIO DE RAFAEL POMBO

Señor don Antonio Gómez Restrepo—Bogotá.

Querido amigo: Hace poco más de un año que ofrecí a usted, correspondiendo a su invitación, dos líneas a propósito de las obras de don Rafael Pombo, «el principal poeta de Colombia en la segunda mitad del siglo XIX.»

Buena parte de mi veraneo de 1917, en la fresquísimas Reinosas (Santander), lo ocupé leyendo, de las cubiertas a los índices, los dos tomos de *Poesías*, el de *Fábulas y verdades* y el de *Traducciones poéticas*; 1308 páginas, si no he sumado mal.

Tomé muchas notas, de *Debe y Haber* para cimentar opiniones, cuando pudiese cumplir lo ofrecido, y otras pocas—en provecho propio—concernientes a trabajos que preparo hace tiempo: *El traje en España*, sobre todo. Y es el caso que ahora, al ordenar mis apuntes, me asombra la extensión del campo donde, distraído por el interés de la lectura, fui espigando.

En un sólo género, la labor de Pombo confirma la afirmación que hizo, al permitir el anuncio en la revista *El Mundo Nuevo*, de que *Fábulas y Verdades* formarían un volumen mayor que los de las de Iriarte y de Samaniego.

Sobre el mérito del poeta fallaron autoridades como las de don Juan Valera y don Marcelino Menéndez y Pelayo, en España; en Colombia es Pombo, según usted me escribe, muy admirado y querido. Hay que leer el discurso de don Hernando Holguín y Caro, al comienzo del segundo tomo de poesías, y el *elogio* que hace don Lorenzo Marroquín antes de las *Traducciones*, para hacerse cargo del genio de Pombo y de su fama en toda América.

Mi opinión, por otra parte, no tiene más valor que la de un individuo cualquiera del público grande.

En fin, no he olvidado un solo momento, desde que la leí, la siguiente profunda, sabia afirmación de su Ilustrísima el señor Mignot, obispo de Frejus, en el prefacio que puso a la *Sainte Bible Polyglotte....* por F. Vigouroux (París, año 1910):

«*Toute critique est vaine qui n' amène pas a connaître et a aimer davantage.*»

A ello sólo aspiro en la presente carta: a procurar que Pombo llegue a ser conocidísimo en España, porque tiene derecho perfecto, sobradísimos títulos, para que los españoles unamos nuestros vivas a los de usted, los de Holguín y de Marroquín, que agota el repertorio de los elogios al gran poeta en el magnífico que hace estudiándole extensamente en todas sus fases.

Antes del verano de 1914, cuando yo explicaba, como todos los años, la lección relativa al papel en mi cátedra de paleografía diplomática española, de la Universidad Central, solía exponer mis dudas acerca del nombre con que la posteridad distinguiría a esta primera mitad del siglo XX. ¿Se la llamaría la del papel o de la pedagogía? La tremenda guerra universal resolvió el caso al bautizar con ríos de sangre este periodo, en tanto que el papel se remontaba a las nubes, pero en cambio ello es que cuanto se refiere a sistemas de enseñanza, a procedimientos pedagógicos, sigue siendo en todo el mundo de palpitante actualidad.

De otra parte, ha sonado la hora, o de abandonar el tema, que ya es tabarra, de la unión espiritual hispano-americana, o de hacer algo práctico, comenzando por el principio. ¿Cuál debe ser éste? Se trata de devanar la madeja; ¿dónde está el cabo? Evidentemente en la lengua, que es, de todas las relaciones y contactos de la raza, la más extensa y la más honda: ¿no

es cierto? Pues a conservarla en su prudente integridad y limpieza—sin estorbar por ello su enriquecimiento—debemos contribuir americanos y españoles. No ha de mirarse el idioma de la raza como peñasco inmovible resistiendo los embates del progreso y desprovisto de toda tierra vegetal dispuesta a recibir la semilla de ideas o artefactos de nueva invención a los que es preciso bautizar, primero, y extender, luego la partida en el diccionario común. Pero tampoco hemos de permitir que en hacienda ya tan cultivada, en sus prados, alamedas, bancales y arriates se cuele todo el mundo, sin permiso ni autoridad, pisoteando siembras, haciendo leña o arrancando de cuajo flores, frutas y verduras.

Paso gigante sería, en la marcha de estas tan soñadas relaciones de la raza española, el acuerdo firme, oficial y público de adoptar unos y otros, aquende y allende el Océano, el *Diccionario de la Real Academia española*, concediendo, por supuesto, desde luego, la colaboración directa, constante y amplia, en la redacción del libro, a las correspondientes del nuevo mundo.

En esa gran «Comisión del Diccionario,» ¿quién disputaría a Colombia puesto preferente cuando ella fue siempre y sigue siéndolo el arca de caudales del habla de Fray Luis de León y de don Juan de Valera? Mucho trabajó don Rafael Pombo, secretario perpetuo de la ilustre Academia correspondiente de la lengua en Colombia con aquellos rumbos y ahí se conservan sus informes anuales a la misma, en tal sentido, trabajos que bien quisiéramos conocer al par que las poesías.

«Decir Colombia significa decir una de las naciones del continente americano más adictas y afectas a España» ... «Tienen los colombianos el alma hecha para dos repúblicas: la una dilatada, común a todos los hombres de española estirpe; la otra más breve, y por lo mismo, más intensa y más sentida, aquella que se

encierra en el propio solar donde nacieron». [Vehils (Rafael) *Colombia baluarte del Iberismo*. Artículo publicado en *Mercurio*, revista.—Barcelona, 19 julio 1917]. Ni más ni menos que el problema de la patria grande y el regionalismo de buena fe.

Nos entusiasmaba, leer en el diario *A B C* del 6 de agosto último, al dar cuenta de la próxima toma de posesión de la presidencia de la República de Colombia, por don Marco Fidel Suárez, diplomático y publicista, que se citara entre sus títulos, el de ser autor de *El castellano en mi tierra*, *El participio* y otros estudios gramaticales. Y no ha de ser menos grato en América enterarse de la siguiente confesión de don Francisco Rodríguez Marín en el prólogo de la edición crítica anotada del *Quijote* (Madrid, MCMXVI, página XXIV), dice así:

«Acudo frecuentemente para desatar dudas y autorizar mi opinión a las luminosas obras de tres hispano-americanos meritísimos que han hecho en pro de Cervantes y de su rica y sonora lengua (*suum cuique*) más que muchos literatos españoles de grande nombradía. Refiérome a los sabios filólogos don Andrés Bello y don Rufino José Cuervo y al fervoroso cervantista don Amenodoro Urdaneta.»

Por la lengua hay que empezar, y ésta se principia a aprender en el regazo de las madres y en la escuela. A las Academias corresponde ejercitar en América y en España el derecho y cumplir con el deber de dotar a las escuelas de instrucción primaria, en ambos mundos, de libros de lectura, de historia, de arte, de higiene... compuestos con amenidad y espíritu didáctico, de trozos escogidos en las obras de escritores de nota, pasados y presentes: en América de españoles, en España de americanos.

Y llegamos por fin, tras larga digresión, al punto

concreto que me proponía exponer: Queda dicho, al principio que leí los cuatro volúmenes de las obras de don Rafael Pombo, editados bajo la dirección de usted, por encargo del gobierno nacional, y que me asombró la labor inmensa del poeta. Proponerse dar no más que ligerísima idea de ella en el espacio de que dispongo aún en esta carta, sería algo parecido a pretender encerrar un elefante en una tabaquera y olvide usted que soy malagueño. Teniendo aquello en cuenta y empalmándolo con las otras generalidades que preceden, vuelvo a las *Fábulas*...de Pombo. «Amó a todos los niños como a hijos suyos»—cuenta el señor Marroquín—, «Los amó con ternura, con íntimo apasionamiento, y como prendas de cariño, creó para ellos un género especial de poesía, para coger las primicias de sus emociones.» Efectivamente, yo veo en las fábulas, cuentos, cartilla, abecedario, etc., etc., si no un género no conocido antes, muchísima originalidad en el fondo y en la forma; grande y dulce sugestión pedagógica. Me parece que sería oportunísimo hacer una selección entre ellos—las fábulas y los cuentos—descartando las *Verdades*; dejando a un lado las composiciones políticas, a que se alude en el artículo de *El Mundo Nuevo*, que sirve de introducción al tomo. Prescindir igualmente de «traducciones» e «imitaciones» como las de las páginas 28, 29, 30, 39, etc., y, con joyas del género de *El niño y la mariposa*, *El pinzón y la urraca*, *Las dos rejas de arado*..., *La lectura* (hermosa), componer un librito de mediano volumen, edición copiosísima, bien impreso y en papel decente, con destino a las escuelas de España y de América, que, a más de divertir enseñando, difundiera en ambos mundos la justa fama del poeta. Semejante texto, con retrato del autor, ligerísimos datos biográficos y alguna ilustración crítica y gráfica, podría y debería enca-

bezarse con el himno intitulado *Belleza y Amor* y cerrarse con la *Cántiga para la primera comunión*. Este libro de *Fábulas de Pombo*, debería, desde luego, inaugurar la serie de textos escolares que indico antes.

Creo que sería exacto decir que el fecundísimo poeta en que me ocupó, domina el material o el género más aún que la forma, con seguridad absoluta, como afirma el señor García Moreno (*Unión Ibero-Americana* órgano de la misma, septiembre 1917, página 25). No veo tampoco que Pombo se parezca ni en el blanco de los ojos—facción o parte de ella común a todos los mortales—a Campoamor, y menos aún a Espronceda, como observa dicho señor García. Si convengo con él en que «la variedad y facilidad de los versos» del poeta colombiano «es asombrosa.» Por ellas se explican y merecen, sin duda alguna, sobrada excusa tal cual impropiedad en el lenguaje, prosaísmo, descuidos y hasta rípios de bulto con los que se tropieza en *Fábulas y Verdades*. Sería mucha exigencia la de pretender que este homero, como el griego, no diese algunas cabezadas. ¿Qué genio en la humanidad estuvo despierto a todas horas? Hay que tener presente, como más descargo, que se trata de una edición de conjunto; que se pensó conservar en ella, con buen acuerdo, la obra del poeta en toda su integridad y pristino carácter sin fin didáctico inmediato. Así «el conjunto de la obra,» como usted observa, atinadísimamente, da del genio de Pombo una idea mucho más completa que resultaría de una selección de las poesías.» Usted cuente además, mi querido Gómez Restrepo, que si en mis lecturas de Reinosa iba marcando las mentadas cizañas en los trigos de Pombo, fue precisamente por ser ellos tan granados y tratarse de la tierra colombiana que los produjo en todos tiempos candeales. Confieso a usted que resultan tan poco gratas a mi sencillo paladar las in-

venciones inútiles de vocablos, extraños al espíritu del castellano, como el empleo de términos arrinconados en las buhardillas del léxico académico; frases que conservan en él, necesariamente, para nuestra mejor inteligencia de los escritores pretéritos. De todas suertes los lunares que saco a colación, como otros naturales o de tafetán, en caras bonitas, puede que sirvan en la magna labor del gran poeta de Colombia, para llamar más la atención sobre las rosas y la nieve del cutis y la corrección helénica de las facciones. Lo menos perdonable, a mi modo de ver, tratándose de versos, es el prosaísmo, la vulgaridad: «*Ne nous y trompons pas! La trivialité du langage, amène insensiblement la vulgarité de l'esprit et l'abaissement des caractères.*» (*Nicolai (Fernand) Les enfants mal élevés.... Paris.... 1914, pág. 59*) y luégo que, como dijo muy bien, don Amós Salvador en su conferencia *Sobre la lectura* (dada en el Ateneo de Madrid, 1913), «No vale la pena de hacer versos para que suenen prosa.» Repito que en el dilatadísimo campo de don Rafael Pombo, en aquel mar de plétóricas espigas, sobra para formar millares de gavillas sin mácula.

Quería yo decir a usted algo acerca de *El nuevo método de lectura*, contenido en el tomo de *Fábulas y Verdades*; de la *Cartilla objetiva o alfabeto imaginario*; del *Abecedario Retahilá* y de otras piezas literarias tan interesantes y originales en el terreno de pedagogía pura, bien rebozadas con galanuras poéticas: todo ello sin salir de aquel volumen. Los tres restantes reclaman muy serio estudio; la escueta descripción del contenido convida a hacerlo; para intentarlo se requiere conocimientos y autoridad de que yo carezco. Pongamos aquí un «se continuará». Yo creo sobrado, dadas mis fuerzas, encauzar la corriente por España de las fábulas y cuentos, que ilustrados en los Estados Unidos

y editados por Appleton no han cesado de recorrer toda la América. ¿A qué decir algo de las demás obras maestras de Pombo en la que culmina, según los doctores la oda al Niágara? Vale más repetir con Menéndez y Pelayo, que «ante esa soberbia inspiración casi palidece la de Heredia.» Para cimentar la gloria de Pombo me parece que basta el soneto *De noche*, con el que se despidió de este mundo.

Pero esta carta va siendo ya baraja, y hora es ya de poner punto final, no sea que lo marquen la paciencia de usted y la del lector. He de confesar antes que me propuse, no bien recibí las obras de Pombo—de las que he redactado papeleta bibliográfica, con algún pormenor para *Raza Española*—prescindir de consultar las opiniones de los doctores ateniéndome al consejo contenido en la *Imitación de Cristo* (Cap. V, libro I, pág. 50, trad. de Nieremberg.... Barcelona, 1876): «No te dejes alucinar por la autoridad del que escribe, sea poca o mucha su erudición, mas muévete a leer el amor de la pura verdad.»

Escribió Pombo como hombre y buceó tan hondo en el alma femenina, que una dama avisadísima le tomó por nueva Safo. Para que nada le faltase, entre las potencias que distinguen a los grandes y exquisitos vates, fue profeta—como advierte el señor Marroquín—oteando, hace cuarenta años, «los peligros del naciente imperialismo del norte.»

Y ahora al tajo: cada cual disponga su herramienta, que la tierra aguarda.

Cantemos con el poeta de Colombia, gloria de ustedes y nuestra:

«Unas tierras dan el trigo,  
Otras caña, otras carbón;  
Estas el blanco algodón;

Aquella el vellón de abrigo.  
Ninguna tiene consigo  
Todo el surtido industrial,  
Y así aprendió cada cual  
Que de todas necesita  
La eterna paz las excita  
Ese cambio universal.»

Desea a usted salud, fortuna y alegría su devoto,  
viejo amigo, admirador sincero y entusiasta q. l. e.  
ambas mm.,

EL CONDE DE LAS NAVAS

Madrid, 25—X—1918.

(De *Raza Española*)

## DISCURSO

### DE CLAUSURA DE ESTUDIOS

Señores:

Tarea ardua y difícil es para mí la de llevar la voz en esta solemnidad, porque ayuno en achaques literarios, me encuentro cohibido en presencia de tan escogida y selecta asamblea. Unese a ello, mi natural tímido y apocado que me hace huír de toda manifestación pública y declinar honoríficos encargos.

Mas la insinuación suave de monseñor Carrasquilla y el honor que ella entraña para un profesor del Colegio, han movido mi ánimo a ocupar esta tribuna y a embargar vuestra atención por breves momentos.

No esperéis sí, oír de mis labios una oración académica, ni mucho menos una exposición científica, porque para ello me faltan dotes y conocimientos. ¿Qué de nuevo podrá decirnos el humilde recitador del derecho renegado de España, que ha consagrado sus días a